

PASTORAL

Vida y misión compartidas

Laicos y religiosos hoy

2.^a EDICIÓN

José María Arnaiz



Vida y misión compartidas

Laicos y religiosos hoy

José María Arnaiz, SM



1ª edición: marzo 2014

2ª edición: abril 2014

Diseño de cubierta: Estudio SM

© 2014, José María Arnaiz Tubilleja
© 2014, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppccedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2710-2

Depósito legal: M-7.076-2014

Impreso en la UE / Printed in EU

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN, de Álvaro Rodríguez Echeverría	5
INTRODUCCIÓN	9
1. ¿QUÉ NOS MUEVE Y NOS LLEVA A IR AL MISMO POZO? .	17
1. La común vocación humana	17
2. El encuentro, signo de los tiempos	18
3. La nueva comprensión del carisma	19
4. La notoria disminución del número de los religiosos	22
5. La eclesiología de comunión	23
6. El predominante rol del laicado en la Iglesia .	24
7. La realidad de la aparición de las familias carismáticas	26
2. BEBER DEL MISMO POZO: EL CARISMA FUNDACIONAL ..	31
1. Hablando de carisma con imágenes, con palabras y con la vida	31
2. Efectos que produce la asimilación de los carismas	37
3. El carisma, expresión de la comunión para la misión	41
4. El carisma, expresión de la misión para la comunión	44
5. El carisma como punto de apoyo para acoger bien a todos y llevar al centro, al corazón de la vida	46

3. UNIÓN SIN CONFUSIÓN: LAICOS Y RELIGIOSOS	49
1. Historia de una relación que nada «se ha ido creando o destruyendo», todo se ha transformado y enriquecido	52
2. Reflexión teológica para la nueva mutua relación laicos-religiosos	58
3. En la raíz de este nuevo planteamiento	72
4. UN NUEVO ECOSISTEMA ECLESIAL Y SOCIOCULTURAL ...	75
1. Pasar de la pirámide al círculo	76
2. Pasar de la separación al encuentro	78
3. Pasar de ser destinatarios de la misión a sus responsables y animadores	80
4. Pasar de las migajas al banquete	81
5. Pasar de la sumisión y la obediencia a la vinculación	82
5. LA MISIÓN COMPARTIDA	85
1. Niveles de misión compartida	87
2. Recordar quién nos convoca a la misión compartida y para qué	94
3. Un buen campo para comenzar: la educación	103
4. Evaluar el camino hecho y las experiencias realizadas	105
6. VIDA COMPARTIDA	109
1. Con un símbolo: la mesa redonda	110
2. No vida compartida sin comunidad	112
7. AMPLIAR LA TIENDA Y HABITARLA, Y LLENARLA CON EL CALOR DEL AMOR PRIMERO	117
2. Compartir la misión como colaboración	119
3. Compartir la misión como «misión compartida»	121
4. Compartir la vida como «familia carismática»	123

8. CAMINAR HACIA LA FAMILIA CARISMÁTICA, HORIZONTE DE LA VIDA CONSAGRADA Y LAICAL EN LA IGLESIA	127
1. Somos familia	132
2. Tiempo de creatividad y de experimentación	133
3. Fomentando una cultura común	136
4. Un necesario cambio de mentalidad: <i>metanoia</i> y conversión	137
5. Cómo iniciar el proceso hacia la familia evangélica o carismática	139
6. Líneas de fuerza carismáticas para una familia evangélica	141
7. Proceso personal para la integración en una familia evangélica	142
8. Una nueva formación para la colaboración, la participación y la buena compañía	144
9. El lenguaje común	148
10. Implicarse en las decisiones	149
11. Formando un núcleo	150
12. Estructuras de comunión y de integración ..	151
13. ¿Se podrá soñar en el reconocimiento eclesial canónico?	154
9. CAMINOS YA RECORRIDOS	157
1. Reflexión y teología sí, pero también narración y vida	157
2. Diversas categorías	165
3. La unión hace la fuerza	173
10. POR OTRA FORMA DE VIDA CONSAGRADA Y DE VIDA CRISTIANA	179
1. Momento y lugar propicios para comenzar lo nuevo	179
2. Camino para llegar a ser ahora forma de vida cristiana nueva, familia carismática ...	190

3. Hacia dónde y hasta dónde nos llevará la vida cristiana vivida con intensidad y fuerza carismática	192
11. AMIGOS FUERTES DE DIOS	195
CREDO QUE DEBE ALIMENTAR LA REVITALIZACIÓN DEL CARISMA DE LOS LAICOS Y RELIGIOSOS MARIANISTAS	203

PRESENTACIÓN

He aceptado con mucho gusto hacer la presentación de esta nueva obra del Padre José María Arnaiz motivado por dos poderosas razones. La primera, más subjetiva, por la amistad que me une con el prolífico y siempre original y sugestivo autor. En segundo lugar tengo una objetiva; por la importancia y actualidad del tema que con maestría y visión de futuro desarrolla, y que es para nosotros una palabra profética y un acto de esperanza.

Creo que pocos temas son tan actuales para nuestra vida religiosa como el de nuestra vida y misión compartidas hoy con los laicos. Ha sido un tema recurrente durante los últimos años en nuestras asambleas de superiores generales. Hoy, a cincuenta años del Vaticano II, no podemos olvidar que, con el Concilio y la llamada universal a la santidad que nos hizo, los laicos en la Iglesia, aunque quizá todavía muy lentamente, están recuperando el lugar que nunca deberían haber perdido.

Y creo que los religiosos y religiosas tenemos que desempeñar un papel muy activo en esta providencial etapa que estamos viviendo, ya que estoy convencido de que nos corresponde a nosotros ser el rostro más humano y cercano de la Iglesia para nuestros hermanos y hermanas laicos. Nosotros, como ellos, y de acuerdo con *Lumen gentium*, no pertenecemos a la estructura jerárquica de la Iglesia, pero sí a su vida y santidad (LG 44). Esto nos da sin duda una mayor libertad evangélica, y ahí nos encontramos con ellos.

Hoy podemos mirar a nuestra vida religiosa de dos maneras. Con una mirada pesimista, añorando un pasado que ya no existe y que nos paraliza, y otra, de modo esperanzado, construyendo de cara al futuro una nueva realidad en la cual compartimos nuestro carisma, espiritualidad, vida y misión con los laicos. Se trata de un verdadero renacimiento y de una aventura apasionante de la cual nos ha tocado ser protagonistas en un momento de transición cultural, social y eclesial.

Ciertamente hay todavía muchos interrogantes en la vida consagrada y no pocos en torno al tema que nos ocupa. Alguien ha dicho que vivimos un tiempo histórico abierto más a las preguntas que a las respuestas. Lo que sin duda es importante es entender que hoy nos debemos dejar guiar más por intuiciones, aunque estas no sean del todo claras, que atrincherarnos en seguridades. Creo que este libro del Padre José María toca muy bien los pilares en los que se debe basar esta nueva construcción y un futuro de vida consagrada consistente y fecundo.

En un mundo globalizado y en una Iglesia, pueblo de Dios, que ha apostado por una espiritualidad de comunión, todos los bautizados, desde nuestras respectivas vocaciones, debemos sentirnos llamados a unir nuestras fuerzas en la construcción del Reino y en la misión que Dios ha puesto en nuestras manos. Debemos caminar juntos para enfrentarnos a los desafíos de la misión en la Iglesia de hoy. La raíz teológica de esta verdad la encontramos expresada bellamente por san Pablo en un texto fundamental: «Un solo cuerpo y un mismo espíritu, pues ustedes han sido llamados a una misma vocación y una misma esperanza. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre que actúa por todos y está en todos» (Ef 4,5).

No cabe duda de que es más lo que nos une que lo que nos separa, y que, por consiguiente, estamos llamados a ampliar los espacios de comunión entre nosotros. Como bien sabemos, el bautismo es el sacramento esencial del

pueblo de Dios, que constituye a cada uno, a partir de su vocación específica, en reflejo de la Trinidad. Reflejo del Padre y de la gratuidad de su amor; reflejo del Hijo en su misión de que todos tengan vida, y la tengan en abundancia (Jn 10,10); reflejo del Espíritu estableciendo lazos de amor y amistad que nos permitan enriquecer a los demás y dejarnos enriquecer por ellos.

Nuestros carismas congregacionales, por otra parte, son un don del Espíritu a la Iglesia y, por consiguiente, pueden vivirse de diferentes maneras de acuerdo a nuestra propia vocación religiosa o laical. No los debemos secuestrar únicamente para un pequeño grupo. Debemos descubrir este nuevo sentido del carisma, que en realidad no es tan nuevo, porque el carisma originario de muchas órdenes antiguas fue compartido por los laicos, como en el caso de las Terceras Órdenes. En realidad no se trata de que compartamos un carisma que nos pertenece y que se adapta ahora a una realidad laical. El carisma precede a su encarnación en el ámbito religioso o laical. Estamos todos llamados, consagrados y laicos, a *beber del mismo pozo* y a vivir el mismo carisma a partir de nuestra propia vocación específica¹. Si bebemos del mismo pozo, si nos arraigamos en el carisma, podremos regar con la misma agua el campo de la misión. Así esta será compartida, como compartida es la vida.

Por eso me parece que podemos aplicar a esta nueva visión de nuestro carisma lo que Saint-Exupéry dice de la amistad: «No se trata tanto de vernos los unos a los otros, sino de mirar juntos en la misma dirección». Y esta dirección no puede ser otra que la construcción del Reino de Dios y la vivencia de los valores evangélicos a partir de la vida y misión que nacen de nuestro carisma congregacional.

¹ Cf. A. M. SICARI, *Gli antichi carismi nella Chiesa. Per una nuova collocazione*. Milán, Jaca Books, 2002.

Es a partir de esa finalidad como deben construirse las estructuras que aseguren nuestra vida y misión compartidas y le den consistencia. Por eso me parece muy importante lo que señala José María al hablar de posibles cambios en el derecho canónico que permitan vivir esta realidad desde un plano de igualdad como hermanos y hermanas. Es un sueño, pero, si nos dejamos mover por el Espíritu, llegará a ser una realidad.

Me parece, finalmente, que debemos ver en esta nueva manera de vivir y compartir nuestra vida y misión como un momento de gracia y renovación, como un signo de los tiempos y de los lugares... Sabemos que nuestros carismas nacieron como un movimiento y que los hemos hecho una institución. Es un proceso inevitable y necesario.

Pero es importante reavivar de vez en cuando el fuego que nos hizo nacer y revivir el momento místico de nuestros orígenes. A eso se nos invita en estas páginas, y ello para tener vida abundante. ¿No estaremos viviendo un momento de nueva frescura carismática con la sangre nueva y la nueva lectura que hoy están haciendo los laicos? Esta nueva lectura, ¿no será una oportunidad para renovar nuestra vida religiosa y de paso también la de los laicos?

Y ojalá vivamos esta aventura con los criterios que nos daba uno de nuestros mártires modernos poco antes de ser asesinado. «Tenemos que ver con los ojos bien abiertos y los pies bien puestos en la tierra, y, sobre todo, con el corazón bien lleno de Evangelio y de Dios» (Mons. Óscar Romero, 27 de agosto de 1978).

Hno. ÁLVARO RODRÍGUEZ ECHEVERRÍA, FSC,
Superior General de los Hnos. de las Escuelas Cristianas

INTRODUCCIÓN

Hay ciertos animales, entre ellos los perros, que se vuelven agresivos cuando oscurece. Cuando regresa el día y la luz, se tranquilizan. Para la Iglesia, para los laicos y los religiosos, los signos de los tiempos son luminosos e iluminadores y revitalizadores. No hay duda de que «la noche es el prólogo de la aurora... esa luz está ahí, y solo es necesario que la tierra y no el sol, su fuente, gire levemente para que amanezca» (María Zambrano).

En estas páginas vamos a invitar a los religiosos y a los laicos a que den un gran giro en sus vidas y así quedarán bañados por una nueva luz y se harán transparentes de tal manera que los animales inquietos de la noche se calmen. En ellas levantaremos la voz para darles una buena noticia. La novedad de una nueva relación entre los religiosos y los laicos llega con la vivencia de los carismas, porque los carismas son propiedad de todos.

Nuestra Iglesia tiene necesidad de esta profecía, que lo es de la gran mesa redonda y de la casa común, la fraternidad y la filiación, la mística y la profecía, el encuentro y el camino, la aventura evangélica y la pasión por Cristo y por la humanidad. Con todo esto no estamos inventando el Evangelio. Estamos juntando fuerzas para hacerlo vida. Esta reflexión nos va ofrecer respuestas y también preguntas. Y comenzamos por una de ellas: «¿Cómo te gustaría imaginarte la mesa redonda del futuro jesuita, marista, marianista, de La Salle, de la familia ursulina, dentro de los parámetros de la nueva relación

religiosos-laicos?». Por supuesto, esta pregunta nos deja mirando al futuro.

Vivimos en un tiempo, en una cultura y contexto que piden que la vida no se repita, que se eviten las fotocopias, que se salga de la rutina, y sobre todo de la inercia, y se entre en días de novedad y fecundidad generosa, creativa, contagiosa y gozosa. Son muchas las alternativas que tenemos delante de nosotros, y que lo son de «todo o nada», y que interpelan a la Iglesia y a la humanidad entera. El creyente, si está movido por el Espíritu, mira al futuro, y lo hace con esperanza, y busca lo nuevo de lo nuevo. El Evangelio es fuente y potencia de novedad. Esta verdad sencilla nos la recuerda con sus versos León Felipe:

Nadie fue ayer, ni va hoy, ni irá mañana hacia Dios
por este mismo camino que voy yo.
Para cada hombre guarda un rayo nuevo de luz el sol...
Y un camino virgen Dios.

La vida de la Iglesia, si se deja envolver por la luz del Concilio Vaticano II, tiene que cambiar, «aggiornarse» y vitalizarse. Está metida en algunas estructuras que la llevan a vivir más en función de la conservación que de la conversión. Bien podemos decir que no pocas son paralizantes; de ellas tiene que salir. Para algunos, esta misma vida religiosa está situada en la curvatura de un túnel y tiene que estar muy atenta para no quedarse poco a poco sin luz. El cambio hoy no es un barniz para exteriores; es una vigorosa respuesta a los desafíos de estos días. Los laicos también tienen necesidad de otra consistencia. *Si queremos conservar la vida hay que cambiarla.* Muchas veces estamos necesitados de una enmienda a la totalidad de nuestra manera de ser y de proceder. Solo así alimentaremos un presente que tenga un vigoroso futuro. Para dar este importante paso se debe cambiar la interrelación e interacción entre reli-

giosos y laicos. Es demasiado fuerte la expresión, pero nos sirve como sana provocación: o vivimos más juntos y más juntos trabajamos, o morimos separados. Ello deja en claro que estamos en búsqueda de una nueva identidad y del modo de vivirla. No dudemos de que si damos este paso con generosidad, dará sus frutos, y serán abundantes.

Solo así el pozo seguirá teniendo agua abundante; serán muchos los religiosos y laicos que tendrán sed y buscarán beber agua del mismo pozo; solo así se ensanchará la tienda y en ella entrarán unos y otros, y en rica convivencia harán hogar para compartir carisma, espiritualidad, misión, vida. Ante esta evidencia bien podemos repetir lo que ya se ha escrito: la violencia sería una imperfección de la caridad, y la indiferencia, perfección del egoísmo. *Itinerario de estas páginas será ir del trabajo a la misión y de la misión a la comunidad de vida, pasando por la oferta de las estructuras que permitan consolidar la vida de comunidad. Así de bien nos sentiremos cuando el agua que riegue y fecunde los campos sea la misma.*

Dar este importante paso, ensanchar la tienda y hacer que entren otras personas y quizá portadores de sugerentes propuestas sobre la manera de vivir de los religiosos nos puede hacer sentirnos inseguros. Con la llegada de estos nuevos inquilinos, los laicos, se remueven seguridades en el seno de la misma vida religiosa y no se deja a los religiosos instalarse ni ser incoherentes; se impone acortar distancias e intensificar la comunión, y acercar lo que decimos a lo que somos. Para algunos, todo esto llega a ser como poner sal en la herida; escuece, pero sana y no permite pudrirse en la mediocridad. No hay duda de que el diálogo es preferible al monólogo; nos abre a la vida y nos cambia en ella y con ella, hace circular savia nueva y buena.

Así, al entrar en esta etapa llegan días de primavera; de nuevas relaciones que aporream las puertas de nues-

tros estilos de vida, de misión y de espiritualidad. Ello evita que la vida religiosa sea autorreferencial, y consigue que la vida laical sea carismática, y ambas referenciales, abiertas y acogedoras. *Así nacen las familias carismáticas, que son el tema y el sujeto principal de este libro*, en las que los institutos religiosos se convierten en una de las ramas de un árbol. En él ninguna rama es dueña del resto, ni tampoco el tronco y las raíces; todos somos parte, compañeros, amigos, hermanos. Caminar ya entraña, en cierto modo, la meta, puesto que el camino, como bien se ha escrito, es lugar del encuentro.

No hay duda de que en esta propuesta amamos y buscamos más la trama que el desenlace. Meterse en ella y con un corazón abierto y la convicción de que «esto es lo que quiere Dios» es ya mucho. Así, la vida consagrada y el laicado se convierten en parábola anticipada del Reino de Dios en la Iglesia, y en anuncio profético y provocador de vida, y en uno de esos signos de los tiempos que hay que escrutar (GS 4). Así, la responsabilidad de los laicos, además de pedida y prometida, y aunque solo simbólicamente otorgada, se convierte en real corresponsabilidad. Durante mucho tiempo, en la vida carismática y en las llamadas familias religiosas estaban como «pollo en corral ajeno».

En la Iglesia no se necesita la vida consagrada para sí misma, sino para ser conciencia de evangelio más allá de sus propias fronteras; eso y nada más que eso es un carisma. Este reencuentro y nueva relación entre laicos y religiosos nos permite descubrir que nuestros carismas son dones para todos en la Iglesia. Hasta hace poco tiempo, solo los sacerdotes y religiosos tenían vocación; los laicos no habían recibido ninguna llamada específica en su vida. Bien podemos afirmar que la validez de cada vocación personal y de cada carisma grupal está en directa relación con su utilidad en vistas a la comunidad y a su contribución para hacernos hermanos y misioneros de misión compartida.

Por supuesto que la clave de todo esto está en el espíritu, en las estructuras, las personas, las relaciones, en la manera de proceder, de convivir y también de funcionar como Iglesia. Nos supone ejercitarnos en ser aprendices de discípulos hermanos. No hay duda de que solo podemos vivir con intensidad esta nueva relación religiosos-laicos en la humildad y la confianza. Con el cariño y la ternura del compartir juntos nos comprometemos a renovar todo lo que dependa de nuestra fe y de nuestras manos unidas.

Este libro *se ha escrito en clave de encuentro*. Los destinatarios son los laicos y los religiosos que saben y experimentan en la vivencia de su vida cristiana la diversidad y complementariedad querida, suscitada por el Espíritu, y la necesidad imprescindible de una comunión en el mismo Espíritu con vistas a la vida y misión común. Por este camino, los carismas congregacionales van a continuar desplegando sus múltiples potencialidades llegando y llevando a encuentros reales.

Por eso, en estas páginas no falta un clamor: el de un nuevo sujeto emergente, que es el laico. El religioso lo debe escuchar, hacerlo suyo, unirse a ese clamor y, con voz canora, convertirlo en sinfonía de comunión, y en la que el «nosotros» sea la clave que aterriza esa comunión en misión compartida y en vida compartida la fraternidad en un mundo que, como nunca, está necesitado de encuentro.

Lo ha escrito un religioso. Pero ha tratado de escuchar y compartir con laicos y con otros religiosos. Estamos en un proceso eclesial. La motivación que ha estado presente para seguir en el empeño de esta publicación ha sido muy simple: *lo que en un comienzo parecía complicado y un problema, cada vez lo veo más como una oportunidad y una gracia*.

Al escribirlo he tenido la impresión de que subía a la cumbre de una montaña motivado y atraído por la belleza del paisaje y la belleza que da la altura, pero sin

ignorar las dificultades que nacen de preguntas como por dónde comenzar, cuál es la forma mejor de caminar y con qué experiencia es bueno invitar a partir a quienes parten en este intento, por dónde hay que avanzar. Lo he hecho convencido de que la tradición no consiste en mantener las cenizas, como dice santo Tomás Moro, sino en transmitir la llama; esa es, pues, la tarea que en buena parte he asumido y que he tenido la impresión que me corresponde. En otras palabras, se trata de pasar a las futuras generaciones una llama que no nos pertenece y que a su vez hemos recibido como un don.

La intención última no es otra que fecundar con la vida religiosa la calidad de vida del laicado, y fecundar la calidad de la vida religiosa con la calidad humana y cristiana del laicado. La vida religiosa actualiza permanentemente la fuerza del nuevo amor; el laicado vive inmerso en el objeto amado. La vida religiosa y el laicado son mucho más que simples socios estratégicos; ocupan un lugar complementario y común. Destacar esta integración presente o futura y real o deseada es la intención principal del libro que llega a tus manos.

Para lograr esta meta es bueno partir de la realidad, de la vida, de *experiencias concretas y de caminos que se están haciendo cuando ya parten del mismo pozo laicos y religiosos*. En esa realidad se trata de descubrir lo que está muriendo, cuestionarlo, evocar lo que está naciendo y el modo de alimentarlo y darle consistencia. Se tiene que tomar conciencia de la vida nueva y ver por qué lo viejo no está resultando. Se ilumina y se profundiza esa realidad que nos deja con por qué y cómo sin resolver; *con sospechas y preguntas*. Así se llega al momento o paso hermenéutico. Con él se entra en *la interpretación creativa* de la experiencia, haciendo uso de la imaginación creativa. Así se evita el mero repetir y se toma conciencia de los frutos de la imaginación de la fe, de la esperanza y del amor. Sobre todo, así se llega a la acción y, por *la acción, al cambio*. Así nace la propuesta

nueva y se evidencia la alternativa posible. En una palabra, se llega a engendrar vida, a veces pequeña y cotidiana, y siempre fundamental.

Por supuesto, este libro no quiere ser un punto final, decir la última palabra, y menos interrumpir o parar los procesos de crecimiento en la integración de laicos y religiosos. El Espíritu ha soplado y seguirá soplando, empujando nuestras personas e instituciones para hacer realidad el sueño de nuestros fundadores y de Dios.

Cuando ya estaba prácticamente terminándolo, cayó en mis manos un folleto titulado: *Promover juntos una mayor vitalidad del carisma*. Folleto que ofrece orientaciones para vivir un proceso de reflexión y de vida marista conjunta de laicos y religiosos. Ha sido elaborado por el equipo internacional de espiritualidad y laicado de los maristas. Tiene una gran riqueza. De las experiencias que presenta he incorporado algunas reflexiones, aunque no siempre hago referencia a su procedencia, e incluso algunos documentos cuya fuente sí señalo. Por todo ello, gracias. Es verdad que es una experiencia, la de los maristas, muy centrada en la educación, pero también es verdad que está siendo muy acompañada y animada, y los buenos frutos se están comenzando a ver.

¿QUÉ NOS MUEVE Y NOS LLEVA A IR AL MISMO POZO?

Hablar de «misión compartida» no es algo nuevo. En las últimas décadas, este tema ha ido apareciendo con mucha frecuencia en los documentos producidos por los religiosos y por los grupos de laicos organizados. Son varios los motivos por los que vamos entendiendo la misión y la vida en un contexto más amplio y solidario, y más profundo e inclusivo.

1. La común vocación humana

Ha preparado muy atinadamente el camino para ahondar en este tema toda la reflexión que bien podemos llamar antropológica sobre la común vocación humana. Nos une una común vocación humana propia de todos los hombres y mujeres de nuestro mundo y que nos acerca para vivir una misma vocación a la vida. Por ello tenemos que afirmar que el camino de la persona no es la exclusión, sino la inclusión. Nadie es autosuficiente ni debe ser autorreferente, como dice el papa Francisco, sino que todos somos interdependientes (GS 3; 92). Estamos destinados a la convivencia, al respeto, al diálogo, a la comunicación y a la reconciliación. Es bueno poner en la base de la reflexión que nos va a ocupar en este libro la evocación de la fraternidad cósmica universal y de la solidaridad integradora; y sobre todo la de los que claman por la vida, la educación y la libertad.

Esta dimensión de nuestra persona es lo más auténtico de cada uno de nosotros. Como nos recuerda Juan Salvador Gaviota, «nuestra única obligación es ser fieles a nosotros mismos». Esta es nuestra vocación y nuestra tarea primordial. Tomar conciencia de esta común vocación humana promueve en nosotros la igualdad entre las diversas culturas y religiones, sexos y profesiones, condiciones y saberes, y, por supuesto, en el seno de una Iglesia con religiosos y laicos. Todo parte de un solo bautismo, una sola fe y un solo Señor (Ef 4,5); y eso es posible porque, en el decir del mismo Apóstol, todos somos uno en Cristo (Gál 3,28).

2. El encuentro, signo de los tiempos

Vivimos una época de extraordinaria vitalidad en relación con la comunicación y la realidad del encuentro. Hoy la era digital nos obliga a poner en discusión el modelo unidireccional y estático, y repensar la comunicación y el diario vivir en clave de interacción, condivi-sión, participación y encuentro. Nos lleva a poner la atención en la comunicación-encuentro-comunión que nos propone el Evangelio.

Comunicar es reducir distancias, disolver lo que nos divide, ampliar nuestro espacio común, dar algo de lo nuestro a los demás, transformar la fragmentación en unión y comunión. En el lenguaje evangélico podemos hablar de hacernos «prójimos», cercanos. «El prójimo es aquel sobre el que puedo apoyar la mano» (Luigi Zoja). Hacer cercanos y hacerse cercanos para así poder tocar al otro y ser tocados lleva al encuentro. El tacto es el sentido de la reciprocidad. El movimiento hacia el otro debe ser recuperado en la cultura actual y en la Iglesia. Jesús no tuvo miedo de acercarse, acoger, escuchar y dejarse tocar justamente por aquellos que el sentido común consideraba intocables. El movimiento de todo el

cuerpo hacia el otro nos regala una mirada nueva: «La fe ve a medida que camina» (LF 9). Los magos no vieron la estrella y se pusieron en camino; se pusieron en camino y vieron la estrella.

En este dinamismo de nuestra cultura y de nuestra fe hay que situar el camino hecho y por hacer de misión y vida compartida de laicos y religiosos. Quizá en la cultura haya que llegar a alguna precisión más. La nuestra acumula fragmentos, exaltación del instante, centrarse en el presente, prisa y ruido, saltar hacia el futuro. En este sentido son muy atinadas las palabras de Benedicto XVI: «Cuando palabra y silencio se excluyen recíprocamente, la comunicación se deteriora». La palabra, el encuentro que no nace del silencio, del espacio de escucha recíproca, no lleva lejos. La escucha entre religiosos y laicos es fundamental. Desde ese silencio podemos descubrir la profundidad del encuentro entre estos dos grupos de Iglesia. Así, ese encuentro o reencuentro será regenerativo; las palabras de uno y otro se harán seno fecundo, se dejarán atravesar por la vida, se superará una esterilidad que genera pesimismo y se pasará a una fecundidad que va más allá del «juntos, pero solos».

3. La nueva comprensión del carisma

Por una parte, y este es el tercer motivo, se está comprendiendo de un modo diferente «el carisma» de las congregaciones religiosas; *es un don del Espíritu a la Iglesia para el mundo*. Los carismas ayudan a la Iglesia a servir a su misión. Esta tiene que ser cada vez más carismática para ser plenamente evangélica. Los grandes carismas ofrecen una perspectiva global de la misión y de la vida cristiana. Estos tienden a armonizarse con muchos otros carismas que ofrecen múltiples posibilidades, ya que, en realidad, son respuestas concretas a las diferentes necesidades de la sociedad y de la Igle-

sia. Los carismas convocan, agrupan y llevan a la misión; se transforman en misión. Algunos son «viejos carismas»; tienen un largo pasado y acumulan siglos de existencia y de experiencias de vida; otros son de nuestros días y les llamamos «nuevos carismas», ya que han aparecido recientemente. Bien podemos decir que la historia de la vida consagrada es la historia de sus carismas.

Por otra parte, los carismas cada vez se han ligado más y mejor a los fundadores de los institutos religiosos. Fundador o fundadora es el hombre o la mujer que recibe ese don del Espíritu, se siente movido e interpelado por él y lo convierte en fuente de agua viva. Esa interrelación carisma-fundador se pone de relieve con más fuerza por primera vez en la Iglesia en la exhortación apostólica *Evangelica testificatio* (1971). En ese documento se habla ya del «carisma del fundador». Unos años después se da una definición, que se ha hecho clásica, del carisma de una congregación: «El carisma de los fundadores se revela como una experiencia del Espíritu, transmitida por ellos a los propios discípulos para ser vivida, custodiada, profundizada y constantemente desarrollada, en sintonía con el cuerpo de Cristo en continuo crecimiento» (MR 11). El carisma diferencia, da originalidad, hace un aporte propio en el campo de la misión y también en la forma de vivir el Evangelio. No hay duda de que los carismas fundacionales son una expresión de la comunión para la misión, y en el fondo eso es la Iglesia. En un documento posterior se entrelaza carisma y vocación, y se le pone en el origen de la «belleza y la fecundidad de la multiplicidad de los carismas suscitados por el Espíritu» (*Vida fraterna en comunidad* 46).

Cada vez más se ha ligado el carisma a la acción del Espíritu, como ya decíamos antes; es un don suyo que de una u otra forma se transforma en un ver las grandes necesidades en torno nuestro y en un ofrecer una respuesta intensa y vigorosa, significativa y eficaz. Del carisma fundacional nacen los proyectos fundacionales.